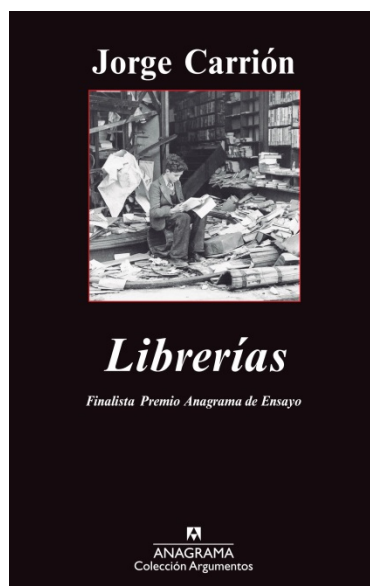


Cartaphilus 11 (2013), 196-199
Revista de Investigación y Crítica Estética. ISSN: 1887-5238

RESEÑA:



Jorge Carrión: *Librerías*. Anagrama, 2013.

Que un ensayo entre en las listas de los mejores libros del año en España es un hecho sorprendente y grato. Este tipo de selecciones que proliferan en los últimos días de diciembre suelen estar copados por novelas, el género canónico por excelencia, y, en algunos casos, se pueden colar poemarios, colecciones de cuentos o, con menos frecuencia, biografías o memorias. El ensayo es una forma híbrida que se suele asociar a la erudición y que, por lo tanto, no se considera atractivo para el lector medio que acude a los blogs especializados o a los suplementos

literarios en busca de recomendaciones. Sin embargo, Jorge Carrión ha conseguido conculcar todos estos tópicos asociados al ensayo con *Librerías*, su último libro.

El autor entiende el género como un medio para acercarse, desde una perspectiva personal y, a veces, desenfadada a un tema que conoce bien. En ello se reconoce heredero de Montaigne, “hijo bastado” suyo define su obra en la página 142, y establece durante las trescientas páginas del libro un tú a tú con el lector. El tema elegido, enunciado de manera sucinta y directa en el título, es

de una obviedad tal que ha pasado desapercibido para casi todos los ensayistas. La librería es un espacio cotidiano para lectores y autores, pero desprovisto, como apunta Carrión, de esa pátina de grandeza que sí poseen las bibliotecas, convertidas en templos de conocimiento. Al contrario que éstas, la presencia de una transacción monetaria convierte a las librerías, si seguimos la opinión mayoritaria, en un mercado, en el peor sentido del término. El autor de este ensayo ha querido oponer a esta idea maniquea y negativa una visión contraria según la cual las librerías serían enclaves fundamentales en las topografías del libro, verdadero protagonista del ensayo.

Realiza Carrión, y con él los lectores, un viaje en el tiempo y en el espacio en el que visita decenas de librerías. El libro se puede leer, más que como un estudio académico sobre los lugares que venden literatura, como una guía de viaje, como un ensayo sobre grupos y generaciones literarias e incluso como una novela de aventuras. El estilo que emplea el autor es ágil y acompaña la narración principal, la historia de las librerías, con multitud de anécdotas y referencias librescas que completan el itinerario que va realizando de un país a otro, de una época a la siguiente. Además, este volumen es un libro sobre libros escrito con fragmentos de muchos otros libros, una especie de mosaico cuyas teselas principales están formadas por el relato de Carrión, pero que posee un crisol de colores gracias a las múltiples obras que cita. Tanto al inicio como al final de cada

uno de los quince capítulos encontramos sendos paratextos tomados de los más diferentes autores, desde Bradbury a Barthes, de Cortázar a Mallarmé, pero que coinciden en el tema tratado: el libro, el lector, la librería. En muchos casos, estas citas se integran en el relato y aparecen en el cuerpo del texto, ya no como referencias laterales, sino como parte de la argumentación del autor. La mayoría de estas citas son pertinentes y ofrecen una visión distinta y complementaria sobre la librería, pero consideramos que algunas de ellas son contingentes o rompen de manera demasiado abrupta con el tono del resto del libro y se podría haber prescindido de ellas. Este sería el caso, desde nuestro punto de vista, del fragmento de "Carnet de baile" de Roberto Bolaño que se reproduce en la página 181, un texto sobre Pablo Neruda y sus contradicciones que, sin el contexto necesario, puede resultar un tanto desconcertante para el lector.

Librerías se inicia con la referencia al relato "Mendel el de los libros" de Stefan Zweig, un cuento que reaparecerá a lo largo del volumen y que nos presenta al primero de los muchos libreros que aparecen en el relato de Carrión. Son ellos los verdaderos protagonistas, junto a los libros, de las siguientes trescientas páginas, a través de una descripción colectiva y fragmentada que nos va trazando un retrato del "librero ideal" mediante las características de todos los que van apareciendo capítulo a capítulo. Este modelo tendría como rasgos una

querencia hacia la palabra impresa que casi rozara la obsesión; un conocimiento de los entresijos de la literatura sin la pátina intelectual de los académicos pero con una vastísima experiencia lectora que le permita guiar al comprador hacia la mejor opción. Esta labor, según se desprende del relato de Carrión, ha de estar guiada por una aparente despreocupación del rédito económico, que a veces se concreta en librerías que funcionan más por el amor al arte que por el interés de enriquecer a sus propietarios.

Encontramos también en las páginas de la obra un tipo de librero que posee una dedicación a la profesión marcada casi por su destino personal. Este profesional tendría dos variantes: el librero errante y el heredero, que a veces se conjugan. El primero sería aquel que abre varias tiendas a lo largo y ancho del tiempo y el espacio, llevando consigo su propia librería que se concretará en distintos lugares a lo largo de su existencia. A lo largo de los capítulos encontramos varios ejemplos de librero errante, especialmente en Latinoamérica, donde muchos empresarios van pasando de un lugar a otro, a veces partiendo de la España de principios de siglo, por los avatares políticos que afectan de manera decisiva a este oficio y a los que Carrión dedica el capítulo cinco. Un ejemplo de este tipo de librero errante unido de por vida al comercio de la letra impresa es Benito Milla, alicantino nacido en 1918 cuyas peripecias vitales se cuentan en las páginas 174 y 175. En este continente también son varios los ejemplos del heredero, aquel comerciante

que recibe una empresa de sus padres que poco o nada tiene que ver con el resto de negocios. Algunos de los mejores libreros que encontramos en esta obra se han criado, literalmente, entre libros y forman parte de una estirpe de "letraheridos" desde su mismo nacimiento. El propio nieto de Benito Milla, Ulises, se presenta como un ejemplo de este tipo de librero en el encuentro que tiene con Carrión en Caracas.

Además de por la personalidad de su propietario, una librería puede poseer otras características para formar parte de esta especie de canon, siguiendo la terminología literaria tan relacionada con la temática de esta obra, que es el libro de Carrión. Entre los atributos que cita el autor están el tamaño, la relación con los autores y la antigüedad. A este último rasgo de distinción está dedicado el tercer capítulo, que comienza con la descripción de la que se considera como la librería más vieja del mundo: Bertrand, que dispensa ejemplares en Lisboa desde la temprana fecha de 1732. Pero este establecimiento lisboeta dispone, además, de otra de las características citadas: ha sido frecuentada por grandes escritores portugueses como Eça de Queiroz. Para Carrión, una buena librería ha de servir como punto de encuentro no sólo a los lectores, sino también a los escritores que viven o visitan la ciudad en la que se halla. Por eso, son frecuentes *Librerías* las conexiones entre establecimientos y autores, señalándonos, por ejemplo, que la bonaerense Librería de la Ciudad era la de Borges. Se convierten así en cronotopos decisivos para la propia Literatura,

auspiciando la creación o el desarrollo de algunas generaciones o grupos de autores unidos en torno a ese lugar tan propicio para el debate. Así, la Generación Perdida norteamericana encontró en la mítica Shakespeare and Company parisina su centro de operaciones; la dueña de la tangerina Librairie des Colonnes afirma que “todo el mundo ha pasado por aquí” (194), una hipóbole que no lo es tanto cuando se leen los nombres de Genet, Juan Goytisolo, Ginsberg o, por supuesto, Paul Bowles. Mucha menos relevancia da Carrión al tercero de los atributos que citábamos al comienzo de este párrafo: el tamaño. Si bien es cierto que el lector queda abrumado por la grandiosidad de ciertas librerías, como la mastodóntica Powell’s de Portland (Estados Unidos), el autor recuerda que, aquí también, la calidad es preferible a la cantidad.

Varios de los capítulos de *Librerías* siguen el criterio geográfico, trazando un atlas discontinuo y personal de la venta de libros a lo largo y ancho del mundo. Acompañamos a Carrión por su recorrido a través de ciudades brasileñas, centroamericanas, argentinas, australianas, sudafricanas o estadounidenses en las que siempre busca la librería de referencia. Se convierte así en un cazador de espacios que posean ese marcador que atrae al turista bibliófilo y que le permitan ir añadiendo sellos a ese

pasaporte inexistente, como un peregrino que etapa tras etapa se va acercando a Compostela. En la búsqueda y en la visita a las librerías más representativas de lugares tan lejanos como San Francisco, Barranquilla o Johannesburgo es donde encontramos el carácter más personal del libro. El autor (o viajero) se nos presenta manejado por una doble fuerza: el movimiento del viaje frente a la quietud de la lectura. Ambas fuerzas se rigen por la búsqueda de la librería ideal, “su librería”, por los cinco continentes; finalmente, y casi como una moraleja, acaba comprendiendo que ésta es la de su infancia, la de un lugar tan poco libresco como Mataró. Es éste un marcador diferente pero igual de poderoso al que ofrecían las librerías míticas de París, Nueva York, Buenos Aires o Tánger. En el extremo opuesto estarían las cadenas de librerías que carecen de esa aura que Carrión va buscando por todo el mundo y cuyos indicios, un marcapáginas, un viejo mapa, un rincón repleto de libros, nos muestra en las múltiples imágenes que jalonan *Librerías*.

En definitiva, es éste un ensayo necesario para comprender mejor un espacio común y poco valorado que pertenece a un mundo crepuscular: el de la palabra impresa.

BASILIO PUJANTE CASCALES

IES Diego Tortosa (Cieza, Murcia)